

DIRECTRICES DE PIO XII A LOS INTELLECTUALES

El Papa—Padre común de los fieles—no puede olvidar ni preferir a ninguno de sus hijos. En cuanto fieles cristianos, todos ocupamos el mismo puesto en el corazón del Padre. Pero hay otros motivos por los que podemos ser especialmente objeto de la solicitud pastoral y del afecto del Pontífice: nuestra actividad social, nuestra profesión. El trabajo profesional «es esencialmente social, se ejerce en beneficio del prójimo y de la sociedad organizada y mediante él el hombre participa en la vida social» (1).

Es claro que esta influencia de la actividad profesional en la sociedad no es igualmente importante en todas las profesiones. Ciento que la perfección de la sociedad exige no menos imperiosamente el trabajo manual que el intelectual. Pero cierto también que es más importante la actividad del hombre de ciencia que la del obrero manual. Como que hay una evidente dependencia de la segunda respecto de la primera.

Pío XII ha reconocido en varias ocasiones la importancia decisiva del intelectual en la vida de la sociedad. Los universitarios son en la sociedad—nos dice—como el cerebro en el cuerpo humano. «Cerebro, en la vida de un pueblo, pueden llamarse quienes recibieron una formación universitaria; semejantes a aquellos *maiores o superiores* que Santo Tomás, a propósito de la fe, distinguía de los *minores o inferiores*, que se adhieren a los primeros, les escuchan, les siguen y reciben de ellos la verdad y la regla» (2). Esos *maiores* son los «lla-

(1) Carta de la Secretaría de Estado de S. S. a la XV Semana Social de España, en *Moral Profesional*, Madrid, 1946, p. 12.

(2) *Discurso a los universitarios de la A. C. Italiana*, 20-IV-1941, en *Atti e Discorsi di Pio XII*, Ed. Paoline, Roma, 1943 ss., Vol. III, p. 93.

En adelante citaremos siempre según esta colección, indicando únicamente volumen y página, a excepción de algunos documentos no recogidos en ella. Para la traducción nos hemos servido frecuentemente de la Revista *Écclesia* y de la selección de textos publicada por el Secretariado de Acción Católica, bajo el título *Pío XII y el mundo intelectual*, San Sebastián, 1945, introduciendo, a veces, ligeros cambios.

mados a conducir a sus hermanos, a iluminar a los demás, a pensar por ellos, a guiarles en la vida» (3).

«Acontece—dice también—que quienes se dedican al estudio de las disciplinas sagradas y humanas tienen gran influencia en la dirección y ordenación de la vida de los demás hombres» (4). O bien: «Es un hecho innegable que a los círculos universitarios, a las clases de cultura superior, les está reservado un puesto singular, una parte eminente en el orden social» (5).

De esta excelencia del intelectual nace la predilección de la Iglesia y del Papado por él. «La Iglesia ama y fomenta grandemente el estudio y progreso de las ciencias humanas y distingue con predilección y estima a los hombres doctos que dedican su vida al estudio» (6).

«Los Romanos Pontífices tuvieron siempre especial cuidado de estos doctísimos varones que, entregados al estudio de las mejores artes de cualquier género, son como un faro en el camino de la sociedad humana» (7).

Para Pío XII, en concreto, recibir a los intelectuales «es un dulce impulso de nuestro corazón paterno, que ama en vosotros a los cultivadores y promotores de la buena y elevada educación e instrucción» (8).

Siendo esto así podemos abrigar la esperanza de encontrar en la enseñanza de Pío XII consejos y orientaciones útiles para el hombre de ciencia: los puntos fundamentales de una moral del científico, que resultarán, a la vez, preciosas indicaciones metodológicas. Las páginas que siguen quisieran recoger algunas de estas orientaciones pontificias.

1.—CONCIENCIA DE LA PROPIA RESPONSABILIDAD

De esa misma excelencia, de su puesto y su función preeminente en la sociedad deriva la grave responsabilidad que pesa sobre el hombre de ciencia.

(3) *Ib.* p. 94-95.

(4) *Carta al Maestro General de la Orden de Predicadores*, 7-III-1942 (IV, 47).

(5) *Discurso a los universitarios de A. C. I.*, 20-IV-1941 (III, 92).

(6) *Discurso a los Cardenales y Obispos*, 31-V-1954 (XVI, 138).

(7) *Carta al Maestro General de la Orden de Predicadores*, 7-III-1942 (IV, 47).

(8) *Discurso a los directores y profesores del «Centro para mutilados de guerra de la Princesa Piamonte»*, 29-XI-1942.

En efecto, «en manos de los hombres, la ciencia puede convertirse en arma de doble filo, que sana y mata» (9). El libro—y lo mismo puede decirse de la enseñanza oral—puede ser «volcán cuyas terribles conmociones precipitan ciudades enteras en la desolación y en la muerte» (10), o pueden ser un medio eficacísimo de hacer el bien: «Tenéis en vuestras manos un poderoso instrumento para hacer el bien» (11).

Por eso nadie más digno de conmiseración que aquellos que, olvidándose de la misión que les incumbe y de su grave responsabilidad, se sirven de la ciencia para fines perversos. «Desgraciados aquellos que se sirven de la ciencia expuesta falsamente para hacer salir a los hombres del sendero recto. Estos se asemejan a las piedras arrojadas con mala intención en el camino del género humano. Son el obstáculo en el que tropiezan los espíritus que van en busca de la verdad» (12).

De hecho, son los intelectuales los responsables de los males luctuosísimos que afligen hoy a la humanidad. «Los pueblos de la tierra exploran al presente todo aquello en que erraron sus pensadores y maestros» (13). Y es que «de aquellos que se instruyen en las letras humanas y en disciplinas de todo orden (...) depende principalmente el curso del tiempo futuro» (14).

Y la razón profunda de esta responsabilidad que pesa sobre el hombre consagrado al estudio es que—quiéralo o no—, en la medida que obra como tal, es un guía, un educador. «Vuestra vocación universitaria os encamina a ser guías de quienes os rodean» (15). Los intelectuales están «llamados a conducir a sus hermanos, a iluminar a los demás, a pensar por ellos, a guiarles en la vida» (16).

2.—«VITAM IMPENDERE VERO»

¿Cuál será la consecuencia de esta responsabilidad que pesa sobre los intelectuales? La obligación de consagrar su vida a la verdad, sin arredrarse ante los esfuerzos que su búsqueda exija; sin violentarla jamás por ningún motivo; defenderla valerosamente—sin pasión, pero con ardor y denuedo—contra todos sus impugnadores.

-
- (9) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 30-XI-1941 (III, 320).
 (10) *Discurso en una audiencia pública*, 31-VII-1940 (II, 288).
 (11) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 24-IV-1955 (XVII, 80).
 (12) *Ib.*
 (13) *Discurso al embajador de Italia en el Vaticano*, 1-III-1943.
 (14) *Carta al Cardenal Valeri*, 31-III-1954 (XVI, 95).
 (15) *Discurso a los universitarios de la A. C. I.*, 20-IV-1941 (III, 103).
 (16) *Ib.*, p. 94-95.

«La asidua actuación de la máxima *vitam impendere vero*, la infatigable dedicación al servicio de la ciencia, la lucha por la conquista de conocimientos cada vez más perfectos, no menos que su sistemática aplicación a las exigencias siempre crecientes de la vida, no sólo material y económica, sino también ética y religiosa, constituyen una misión a la que las clases dirigentes en el campo científico no pueden sustraerse sin graves daños irreparables para el pueblo» (17).

Y como la primera obligación de todo profesional es capacitarse para ejercerla con competencia, recuerda a los jóvenes estudiantes la necesidad de consagrarse al estudio con asiduidad. «La capacidad no se improvisa (...). Es necesario el estudio; es necesaria la experiencia, y tenéis mil veces razón en aplicaros con celo al estudio» (18). Y esa obligación de estudiar no termina con la carrera, sino que urge de por vida. «Habéis de procurar siempre no abandonar el estudio de vuestra especialidad, manteniendo el contacto con libros, revistas, conferencias y todos los demás medios de información» (19).

Precaviéndoles contra la tentación de mirar su carrera simplemente como una solución a la vida, desde el punto de vista económico únicamente, les exhorta a no limitar su ambición a la simple consecución de un título académico: «Juventud estudiosa, que os preparáis cada uno en su propia facultad a las diversas carreras; tendréis todos el propósito—estamos convencidos de ello—de no limitar vuestra ambición a adquirir un diploma» (20).

El Papa es consciente del esfuerzo y abnegación que el estudio requiere y pide la valentía de afrontar ese esfuerzo con ánimo viril. «Todo esto, es cierto, exige valor, energía, constancia y, digámoslo abiertamente, abnegación cristiana, verdadera y generosa. Un estudio, una tarea superficial, ligera, de aficionado, intermitente y a merced de las impresiones, no llegará ciertamente a dar grandes frutos ni beneficios. Sólo un ánimo viril se yergue francamente ante la previsión de un trabajo largo, a menudo penoso, árido y oscuro, sin el estímulo de la satisfacción íntima. Pero ser y mantenerse exigente consigo mismo es también un deber que tenéis reclamado por vuestros estudios y por

(17) *Discurso a los congresistas de la Sociedad Italiana para el progreso de las Ciencias*, 2-X-1942 (IV, 247-248).

(18) *Discurso a los jóvenes de la Conferencia Olivaint*, 27-III-1948 (X, 76-77).

(19) *Discurso a un grupo de estudiantes de Derecho de la Universidad de Madrid*, 1-IV-1957 (XIX-I-121).

(20) *Discurso a los jóvenes de la Conferencia Olivaint*, 27-III-1948 (X, 77-78).

vuestra actividad profesional, como por vuestra vida religiosa y moral» (21).

El intelectual digno de ese nombre no se ha de contentar con aparentar que sabe, sino que—consciente de su responsabilidad—debe de profundizar en el estudio de su especialidad con seriedad científica. «Es evidente que hoy, más que nunca, el mundo se siente devorado por el ansia de saber (...). Hoy todos quieren o pretenden saber de todo, contentándose las más de las veces con un barniz superficial acerca de las cuestiones más opuestas, justamente lo suficiente para hacer de ello una ostentación vanidosa (...). Mucho más ardua es vuestra tarea: adquirir, ampliar, profundizar, hacer progresar la ciencia que os compete, manteniéndola al mismo tiempo al corriente de sus puntos de contacto y de sus interferencias con otras ramas del saber y después (...) ponerla al alcance de las almas para que sea aceptada gustosamente y asimilada por ellas y, sobre todo, para que les sea luminosa y nutritiva» (22).

Consagrarse a la verdad exige, finalmente, una entrega del hombre en su integridad, de tal modo que todas las fuerzas del alma cooperen, según su modo propio, en la conquista de la verdad. «Achacan a la filosofía enseñada en nuestras escuelas el defecto de atender sólo a la inteligencia en el proceso del conocimiento, descuidando el oficio de la voluntad y de los sentimientos. Lo cual, por cierto, no es verdad. Pues nunca la filosofía cristiana negó la utilidad y eficacia de las buenas disposiciones de toda el alma para conocer y abrazar plenamente las verdades religiosas y morales; más aún: siempre enseñó que la falta de tales disposiciones puede ser causa de que el entendimiento, influido por las pasiones y la mala voluntad, se oscurezca de tal modo que no vea rectamente» (23).

3.—RESPETO A LA VERDAD

El intelectual debe tener conciencia de que es «un hombre enviado por Dios para dar testimonio de la luz (Jn. I, 7-8). Penetrado por el sentimiento de esta dignidad, de la que Dios le ha revestido, lo debe estar también de respeto. Respeto, ante todo, para con la luz eterna (...) Pero consecuentemente respeto para la conciencia misma, es decir,

(21) *Discurso a los universitarios de la A. C. I.*, 20-IV-1941 (III, 102).

(22) *Discurso a una Misión Universitaria Francesa*, 16-IV-1949 (XI, 99-100).

(23) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 186).

para con la verdad, que él no debe jamás por interés, por pasión, por timidez o por vana ostentación alterar, mutilar ni desacreditar, dando como cierto lo que no es más que hipótesis o probabilidad» (24).

El respeto a la verdad ha de ser norma fundamental de todo científico. Este respeto le llevará a distinguir cuidadosa y lealmente entre los hechos ciertos y su interpretación o elaboración científica, sujeta siempre a error. Porque «el hecho es siempre verdadero, ya que no puede haber en él error ontológico. Pero no se puede decir lo mismo, sin más, de su elaboración científica. Aquí se corre el riesgo de formular conclusiones prematuras y de cometer errores de enjuiciamiento. Todo esto impone respeto por los hechos y por el conjunto de los hechos; prudencia en la enumeración de las proposiciones científicas; sobriedad en el juicio científico; modestia—tan apreciada en el sabio—que inspira la conciencia de los límites del saber humano. Esto favorece la abertura de espíritu y la docilidad del verdadero hombre de ciencia, tan alejada de aferrarse a sus propias ideas cuando éstas se muestran insuficientemente fundadas y, finalmente, esto conduce a examinar y a juzgar las opiniones de los demás sin tomar previamente posición frente a ellas.

Cuando se posee esta disposición de ánimo, al respeto por la verdad se une naturalmente, la veracidad, es decir, el acuerdo entre las convicciones personales y las posiciones científicas expresadas de palabra o por escrito» (25).

El respeto a la verdad exige la máxima objetividad; evitar que ningún motivo extra-científico influya en nuestra investigación o exposición científica: «Que la ciencia, en su prosecución de la verdad, no se deje influir por consideraciones subjetivas» (26). «Alejad toda prevención personal y doblegaos con docilidad ante todos los indicios de la verdad que en ella [la naturaleza] se adviertan» (27).

Y para que pueda darse esta objetividad, es necesario que el hombre de ciencia domine sus pasiones. «En las tareas, tanto de la investigación como de la enseñanza, las pasiones, en cualquier lado que escape al dominio de la razón y de la voluntad, podrán llevar al desorden. La curiosidad, la vanidad, el orgullo, la inestabilidad, la riva-

(24) *Discurso a una Misión Universitaria Francesa*, 16-IV-1949 (XI, 101).

(25) *Discurso al Primer Symposium Internacional de Genética Médica*, 7-XI-1953 (XV, 300-301).

(26) *Discurso al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, 7-IX-1955 (XVII, 253).

(27) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 24-IV-1955 (XVII, 71).

lidad, estarán al acecho. Será la hora de la prueba y de la lucha entre la pasión y el deber» (28).

Esto tiene valor, sobre todo, en la crítica, que ha de ser siempre, según el precepto de Tácito, *sine ira et studio*. «Un crítico habitualmente apasionado ni siquiera debería tomar la pluma» (29).

Finalmente, el respeto a la verdad y la conciencia de su responsabilidad imponen al intelectual el grave deber de retractarse de los errores publicados. «Un publicista consciente de su misión y de sus responsabilidades se siente en el deber de restablecer la verdad si ha divulgado el error» (30).

Pero todo esto no es posible sin un entrañable amor a la verdad. Por eso Pío XII, al igual que su inmediato predecesor, ve en los auténticos intelectuales «a los grandes amigos de la verdad» (31).

4.—PELIGROS QUE EL INTELLECTUAL HA DE EVITAR

a) *Suficiencia orgullosa.*

Un peligro, sobre todo, acecha al intelectual: la suficiencia orgullosa que desprecia a los que no han alcanzado su mismo nivel cultural. Pío XII lo sabe y denuncia repetidamente este peligro. «La ciencia es un vino exquisito que a veces se sube fácilmente a la cabeza» (32). Es verdad que la ciencia es una nobilísima cualidad que dignifica al que la posee, pero no basta por sí misma a hacer mejor al hombre. «Vuestra cultura más elevada no os hace, por sí misma, mejores que vuestros hermanos que veis dedicados a oficios más bajos» (33).

Y recuerda la insuficiencia y limitación del hombre en la investigación de la verdad, insuficiencia tanto más claramente percibida cuanto más se profundiza en la investigación de la verdad. Los más grandes científicos tenían clara conciencia de esa imperfección del saber humano: así Newton, Laplace y Von Siemmens.

«En verdad, cuanto el que cultiva el saber y la ciencia profundiza más en su investigación de las maravillas de la naturaleza, tanto más experimenta la propia insuficiencia para penetrar y agotar la riqueza

(28) *Discurso a los universitarios de la A. C. I.*, 20-IV-1951 (III, 99).

(29) *Discurso a los participantes en el Congreso de Eclesiásticos adscritos a la crítica del libro*, 13-I-1956 (XVIII, 65).

(30) *Discurso en una audiencia pública*, 7-VIII-1940 (II, 298).

(31) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 3-XII-1939 (I, 299).

(32) *Discurso a los universitarios de la A. C. I.*, 20-IV-1941 (III, 99).

(33) *Ib.*, p. 102-103.

del concepto de la construcción divina y de las leyes y normas que la gobiernan. Y escuchad al gran Newton decir con incomparable belleza y realce: 'No sé cómo aparezco al mundo, pero ante mí aparezco como un niño que juega en la playa y se alegra porque, de cuando en cuando, encuentra un guájaro más pulido y una conchita más hermosa que lo acostumbrado, mientras que el grandioso océano de la verdad permanece ante él inexplorado'. Hoy, después de tres siglos, en el actual fermento de las ciencias físicas y naturales, estas palabras de Newton parecen más verdaderas que nunca. Se cuenta de Laplace que, cuando yacía enfermo y los amigos que le rodeaban recordaban su gran descubrimiento, dijo sonriendo amargamente: 'Lo que conocemos es muy poco, mientras que lo que ignoramos es inmenso'. Ni menos agudamente el ilustre Wernes Von Siemens, que descubrió el principio de la autoexcitación de la dinamo, testimoniaba a la 59 reunión de científicos y médicos alemanes: 'Cuanto más íntimamente penetramos en la armónica disposición de las fuerzas de la Naturaleza, regulada por eternas leyes inmutables, y tan profundamente velada a nuestro conocimiento pleno, tanto más nos sentimos inclinados a una humilde modestia, tanto más restringido nos aparece el ámbito de nuestros conocimientos, más intenso se hace nuestro esfuerzo por alcanzar más y más de esta inagotable fuente de conocimiento y energía y más crece nuestra admiración ante la infinita sabiduría ordenadora, la cual penetra toda la creación'» (34).

b) *Peligro de «snobismo».*

Otra escollo en el que puede chocar el intelectual es el deseo de aparecer como hombre moderno, de vanguardia, valorando las cosas más por su novedad que por su valor intrínseco. Tampoco este peligro, en el que no pocos caen hoy, escapó a la fina sensibilidad de Pío XII.

«No faltan hoy, como en los tiempos apostólicos, quienes amando la novedad más de lo debido, o también, temerosos de ser tenidos por ignorantes de los avances hechos por la ciencia en esta época de progreso, se esfuerzan por sustraerse a la dirección del sagrado Magisterio y por ello se ponen en peligro de alejarse insensiblemente de la verdad revelada y de arrastrar consigo a error a los demás» (35).

(34) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 8-II-1948 (X, 35-36).

(35) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 174).

Contra este peligro el Papa recomienda la fidelidad a los grandes principios de la sana filosofía. «Frente a la seducción de los sistemas nuevos, es necesario—hoy más que nunca—incluso para el porvenir del espíritu, asegurar las bases de la sana filosofía y afirmar la trascendencia de la verdad» (36). Y esto porque «la verdad y su total expresión filosófica no pueden ir cambiando con el tiempo, en especial cuando se trata de los principios que la mente humana conoce por sí mismos, o de aquellas doctrinas que se apoyan, tanto en la sabiduría de los pueblos como en el consenso y fundamento de la divina revelación (...). Por lo cual el cristiano, tanto filósofo como teólogo, no abrace precipitadamente y con ligereza cualquier cosa nueva que se haya hallado en el transcurso del tiempo, sino que debe considerarla con suma diligencia, someterla a un recto examen, no sea que pierda la verdad ya adquirida o la corrompa—y por cierto—con grave peligro y detrimento de la misma fe» (37).

Y no es que la Iglesia ni el Papa rechacen sistemáticamente todo lo nuevo. Pocos habrán celebrado con mayor entusiasmo admirativo los progresos de las ciencias y técnicas modernas. «Es lícito revestir a la filosofía con un ropaje rico y acomodado, reforzarla con más eficaces expresiones, despojarla de ciertos tecnicismos escolásticos menos aptos e incluso enriquecerla con cautela con ciertos elementos del progresivo pensamiento humano» (38). «Tened una fe amplia y cordial, amiga de todas las luces de la naturaleza, que lejos de ser hostil a los progresos de las ciencias y de las artes se lanza hacia los vastos campos abiertos a la inteligencia para colaborar con ella en el hallazgo de la Verdad, del Bien, de la Belleza, defendiéndola contra las desviaciones peligrosas» (39).

En fin, es «espíritu poco prudente aquel con el que se juzga que todo lo nuevo, por el mero hecho de serlo, debe ser impugnado o tenido por sospechoso» (40).

c) *Irenismo.*

A veces este afán de modernidad tiene su origen en el noble deseo de acercarse a los extraviados a fin de llevarles la verdad. Peligro tanto más grave cuanto que se presenta bajo la apariencia de virtud.

(36) *Carta al XXI Congreso de «Pax Romana», 6-VIII-1940 (XII, 163).*

(37) *Humani Generis, 12-VIII-1950 (XII, 184-185).*

(38) *Ib.*

(39) *Discurso a las Asociaciones juveniles de la A. C. I., 10-XI-1950 (II, 401).*

(40) *Divino afflante Spiritu, 30-IX-1948 (V, 292).*

«Hay muchos que, deplorando la discordia y confusión que domina la mente de los hombres y llevados de un imprudente celo, se mueven con empeño y arden en ferviente deseo de romper las barreras que separan entre sí a los hombres rectos y honestos, abrazando un irenismo tal que, dejadas las cuestiones que separan a los hombres, tienden no sólo a luchar con las fuerzas unidas contra el ateísmo invasor, sino incluso a reconciliar en las cuestiones dogmáticas las cosas que son opuestas» (41). Tal irenismo es «imprudente», porque ¿puede acaso realizarse útilmente la unión de las inteligencias fuera de la unidad de la verdad?» (42). Por eso pide «una caridad sabia, condescendiente con los que yerran, pero no con el error» (43). Por lo tanto, el intelectual debe cumplir con fidelidad el grave deber que le incumbe de defender la verdad, porque fuera de ella «todo se une, ciertamente, pero sólo en la común ruina» (44).

Tanto es así que el crítico, incluso cuando tenga motivos para creer que el modo de pensar de un autor sea correcto, si el sentido objetivo de las palabras que emplea es erróneo, debe hacerlo notar. «El crítico debe partir de la presunción de que las palabras dichas o escritas tienen en sí mismas un sentido y que primariamente éstas son presentadas al público solamente en dicho sentido objetivo. Ahora bien, esto es precisamente lo que corresponde juzgar al crítico (...). Si el sentido objetivo de las palabras contiene un error o falsedad, es misión del crítico hacerlo notar, aunque tenga motivos para creer que el modo subjetivo de pensar del autor sea distinto y correcto. Una justa y benévola crítica podrá sugerir en tales casos esta relativa corrección de las palabras, atendiendo a la persona del autor; pero el erróneo sentido objetivo no queda con esto anulado» (45).

d) *Especialización cerrada.*

Es indudable que la especialización es hoy una necesidad. El tiempo de esas grandes construcciones que comprendían todo el campo del saber humano ha pasado, probablemente para no volver jamás. Pero el conocimiento orgánico y unitario de la verdad—aspiración na-

(41) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 175).

(42) *Carta al Presidente de «Pax Romana»*, 12-VIII-1952 (XIV, 310).

(43) *Discurso a la representación de la A. C. I.*, 4-IX-1940 (II, 318).

(44) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 175).

(45) *Discurso a los participantes en el Congreso de Eclesiásticos adscritos a la crítica del libro*, 13-II-1956 (XVIII, 69).

tural e incoercible del espíritu humano—exige la colaboración de los que se consagran a las diversas ciencias experimentales entre sí y con los filósofos. El verdadero intelectual—amigo de la verdad íntegra—evitará, por tanto, cerrarse en su especialidad, sin tener en cuenta el complemento necesario que la ciencia que cultiva debe recibir de las demás ciencias y de la filosofía. Hermetismo que, por contraste, le llevaría a invadir campos ajenos, desconocidos, en los que fácilmente puede caer en el error.

«Es raro que una sola ciencia se ocupe de un objeto determinado. Frecuentemente son varias las que lo estudian, cada una según un aspecto distinto. Si su investigación es correcta, la contradicción entre sus resultados es imposible, porque esto supondría una contradicción en la realidad ontológica. Pero la realidad no puede contradecirse. Si a pesar de todo surgen contradicciones, éstas no pueden proceder más que de una observación inexacta o de la interpretación errónea de una exacta observación, o también del hecho de que el investigador, excediendo los límites de su especialidad, se ha aventurado en un terreno que no conoce» (46).

Evitará, sobre todo, caer en un positivismo que le cerraría el acceso a las verdades de un orden superior. «La vida intelectual moderna está dominada por el pensamiento científico-técnico y económico de tal modo, que el sentido de verdades de un orden superior—la ciencia las llama metafísicas—y la capacidad de percibir las está comenzando a desaparecer» (47). «Desgraciadamente desde hace cierto tiempo la ciencia y la filosofía se han separado. Sería difícil establecer cuáles fueron las causas de un hecho tan dañoso. Es cierto que la causa de este divorcio no se debe buscar en la naturaleza misma de las dos vías que conducen a la verdad, sino en las contingencias históricas y en las personas, que no tuvieron siempre la buena voluntad y la competencia que hubieran sido necesarias.

Los hombres de ciencia han creído en un momento determinado que la filosofía natural era un peso inútil y han rehusado dejarse orientar por ella. Por otra parte, los filósofos no han seguido ya los progresos de la ciencia y se han detenido en unas posiciones formales que hubieran podido abandonar» (48).

(46) *Discurso al I Symposium Internacional de Genética Médica*, 7-IX-1953 (XV, 301).

(47) *Discurso a los graduados de la A. C. I.*, 24-V-1953 (XV, 175).

(48) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 24-IV-1955 (XVII, 76).

Porque no hay oposición entre ciencia y filosofía, sino que más bien se complementan mutuamente. «Filosofía y ciencias se desarrollan con actividad y métodos análogos y conciliables, valiéndose de elementos empíricos y racionales en diversa medida y conspirando en unidad orgánica al descubrimiento de la verdad» (49). «Por lo tanto, ciencia y filosofía deben integrarse mutuamente, encontrándose allí donde el estudio trata de las más íntimas y profundas estructuras de la materia y donde deben suscitarse o descubrirse las más elevadas armonías» (50).

La filosofía, por una parte, ilumina los resultados de la ciencia, dando solución a los problemas que esos mismos resultados plantean y que la ciencia no puede resolver con sus propias luces; por otra parte, realiza la síntesis de los diversos conocimientos científicos, dando así satisfacción a la exigencia de unidad del espíritu humano. «Se trata, ante todo, de problemas referentes a los fundamentos sustanciales de su ser y de su acción. Entonces se plantea esta cuestión: ¿Puede la ciencia experimental resolver por sí misma estos problemas? ¿Son de su competencia? Hay que responder que no. La ciencia parte de las sensaciones, externas por naturaleza, y por ellas, a través del proceso de la inteligencia, desciende cada vez más profundamente a los ocultos repliegues de las cosas; pero tiene que detenerse en un determinado punto, cuando surgen cuestiones a las cuales es imposible dar una solución por medio de la observación sensible.

Cuando el científico interpreta los datos experimentales y se esfuerza por explicar los fenómenos que tienen por sede la naturaleza material como tal, necesita de una luz que procede por vía inversa, de lo absoluto a lo relativo, de lo necesario a lo contingente, y tal que sea capaz de revelarle esa verdad que la ciencia no puede alcanzar por sus propios métodos, porque escapa totalmente a los sentidos. Esa luz es la filosofía, es decir, la ciencia de las leyes generales que valen para todos los seres y, por tanto, también en el campo de las ciencias naturales, más allá de las leyes conocidas empíricamente» (51).

«Si uno se conforma con colocar las distintas disciplinas y sus ramificaciones como una especie de mosaico, obtiene una composi-

(49) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 22-XI-1951 (XIII, 368).

(50) *Discurso a los estudiantes romanos de enseñanza media*, 25-III-1957 (XIX-I, 104).

(51) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 24-IV-1955 (XVII, 75-75).

ción anatómica del saber, de la cual parece haber huído la vida. El hombre exige que un soplo de unidad viva anime sus conocimientos; así es como la ciencia se hace fecunda y la cultura engendra una doctrina orgánica. De aquí nace una segunda cuestión: ¿Puede la ciencia efectuar, sólo con sus medios peculiares, esta síntesis universal del pensamiento? Y, en todo caso, dado que el saber está fraccionado en innumerables sectores, ¿cuál es, entre tantas ciencias, la que la podría realizar? Creemos aquí también que la naturaleza de la ciencia no le permite llevar a cabo una síntesis tan universal.

Esta síntesis requiere un fundamento sólido y muy profundo del cual ella saque su unidad y que sirva de base a las verdades más generales. Las distintas partes del edificio así unificado deben encontrar en este fundamento los elementos que las constituyen en su esencia. Se requiere aquí una fuerza superior: unificadora por su *universalidad*, clara en su *necesidad*. Una vez más esta fuerza es la filosofía» (52).

Y la filosofía a que Pío XII alude es la filosofía perenne, no cualquier filosofía. «Destaquemos inmediatamente que, en general, el estudio honesto y profundo de los problemas científicos no sólo no conduce por sí mismo a una oposición con los principios ciertos de la filosofía perenne, sino que, por el contrario, reciben de ellos una luz que los mismos filósofos no esperaban tal vez y que, en todo caso, no podían esperar que fuera tan continua e intensa» (53).

«De las ciencias experimentales pasad a la verdad de la filosofía, que es fundamento de todo saber (...). Cada uno de vosotros deberá estar en condiciones de responder con precisión y claridad a las preguntas que inevitablemente os haréis vosotros mismos u os harán los demás: ¿Qué es, en general, la realidad? ¿Qué es, en concreto, el mundo? ¿Qué valor tiene el conocimiento humano? ¿Existe Dios? ¿Cuál es su naturaleza, sus atributos? ¿Qué relación hay entre El y el mundo? ¿Entre El y los hombres? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Y la muerte? ¿Cuál es la naturaleza del goce y la función del placer? ¿Con qué criterios han de ser regidas las sociedades humanas, la familiar y la civil?

Para que tales interrogantes tengan adecuada respuesta, es necesario recurrir a la filosofía perenne que en el curso de los siglos ela-

(52) *Ib.*, p. 75.

(53) *Discurso al IV Congreso Internacional Tomista*, 14-IX-1955 (XVII, 255-256).

boraron supremos ingenios y que nada ha perdido de su valor objetivo y de su eficacia didáctica; tanto más cuanto que el desarrollo de los conocimientos científicos no está en pugna con las tesis ciertas de aquella filosofía» (54).

Pero si la ciencia depende de la filosofía, ésta, a su vez, tiene que partir de los datos científicos y no puede aspirar a suplantar a la ciencia en el campo que le es propio. «Pero es necesario subrayar otro punto: si la ciencia tiene el deber de buscar la coherencia en la sana filosofía, ésta, a su vez, no debe nunca pretender determinar las verdades que se basan únicamente en la experiencia y en el método científico. Sólo la experiencia, entendida en el sentido más amplio, puede indicar cuáles son, entre la infinita variedad de grandezas y leyes materiales posibles, las que el Creador ha querido verdaderamente realizar» (55).

5.—EL CIENTIFICO ANTE LA FE

Como es obvio, las enseñanzas pontificias—cualquiera que sea la materia sobre la que versan—se ordenan a fomentar la fe y a defenderla de los ataques de que directa o indirectamente pueda ser objeto. De ahí que todas estas consideraciones sobre el científico y su obra tengan su culminación en este problema de las relaciones entre la razón y la fe. Por eso Pío XII, en casi todos sus discursos a los intelectuales, insiste en la armonía existente entre la verdad natural y la revelada. Porque nada, tal vez, se opone más eficazmente a la fe como la creencia de que sus enseñanzas se oponen a las conclusiones a las que naturalmente llega la razón. Cierto que la fe puede subsistir, incluso cuando nuestras convicciones científicas o filosóficas le sean opuestas. Pero cierto también que esa coexistencia es algo violento, y lo violento y antinatural es, de suyo, inestable y tiende a desaparecer.

Ante todo, Pío XII justifica su intervención en cuestiones de orden puramente científico, recordando que, si bien el Magisterio eclesiástico tiene como objeto propio la verdad revelada, se extiende también a las disciplinas puramente humanas, en la medida en que se relacionan con la fe. «Estaría de más, ciertamente, deplorar tales desviaciones de la verdad, si todos mirasen con la reverencia que conviene,

(54) *Discurso a los estudiantes romanos de enseñanza media*, 25-III-1957 (XIX-I.º 107-108).

(55) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 24-IV-1955 (XVII, 79).

aun en el campo filosófico, el Magisterio de la Iglesia, al cual corresponde, por divina institución, no sólo guardar e interpretar el depósito de la verdad revelada por Dios, sino también vigilar, aun sobre las disciplinas filosóficas, para que los dogmas católicos no sufran detrimento alguno por causa de las opiniones no rectas» (56).

La filosofía que intenta sacudir el yugo de la revelación y del Magisterio eclesiástico, «no es, en modo alguno, la verdadera y sana, sino la falsa filosofía de la incredulidad y del error» que «va vagando por el laberinto de las huecas falacias y niega y rehusa el *rationabile obsequium* a un Dios que habla» (57).

Y el Papa constata con dolor que son muchos los engañados, víctimas de las falacias de esa filosofía «según la tradición de los hombres»: «Los hombres de hoy, en una gran parte, deslumbrados por el vivo resplandor del progreso material en casi todos los campos, se han tornado ciegos y se han cerrado a la luz de las verdades sobrenaturales, de suerte que no sólo no creen ya en ellas, sino que tampoco comprenden cómo la fe pueda ser realidad y un valor para los demás» (58).

Quienes así piensan pretenden ser espíritus fuertes, que no admiten nada que no esté sólidamente probado. Pero con evidente falta de lógica se muestran excesivamente crédulos cuando se trata de afirmaciones humanas, muchas veces desprovistas de fundamento firme y estable. «¡Pero qué contraste, si miramos el porte de no pocos pretendidos espíritus fuertes, desdeñosos de recibir nada revelado, sin hacerlo pasar por la criba de sus falsos tamices! Nada admiten, sino examinándolo con la crítica de su incompetente juicio y reduciéndolo a la corta vista de su inteligencia, incapaz de ver los propios límites y de comprender que la verdad es más amplia que la mente y la investigación del hombre, y que más allá de los secretos de la naturaleza que a ella se le escapan hay otros misterios más altos, cuyo conocimiento es sublime perfección del entendimiento humano, honor inclinarse ante ellos y sabiduría y saciedad del alma sólo entreverlos (...). ¿Dónde está entonces la lógica de estos espíritus fuertes que se creen razonabilísimos y paladines de la razón humana contra la fe y contra Dios? Las afirmaciones más aventuradas e in-

(56) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 187-188).

(57) *Discurso a los párrocos y predicadores cuaresmales de Roma*, 25-II-1941 (III, 50).

(58) *Ib.*, p. 53-54.

fundadas son con frecuencia más acogidas y creídas sin examen ni prueba alguna, aunque procedan de fuentes menos genuinas y puras. Es cierto que conviene que en la práctica y en la vida social, para la tranquilidad y la convivencia recíproca, se crea al prójimo bajo su palabra, mientras no de prueba manifiesta de su incompetencia, ligereza o deslealtad. Pero la dignidad y la rectitud de la conciencia, ¿no se indignarían y rebelarían al observar que en tal modo de proceder no se hace excepción sino contra Dios y contra la Iglesia, negándoles aquella fe que se presta a los hombres?» (59).

La verdad natural y la verdad revelada tienen su origen en Dios, ya que la verdadera filosofía es «el fruto natural de toda razón humana sellada por la luz de la faz divina» (60) y la verdadera ciencia «un fúlgido reflejo de la ciencia divina que, escondida, habla y mira desde el seno de las cosas» (61). Por lo tanto, no puede haber contradicción entre ellas: Dios no se contradice. «En vuestro estudio y vuestra investigación científica estad convencidos de que la contradicción entre las verdades ciertas de la fe y los hechos científicos establecidos es imposible. Tanto la naturaleza como la revelación proceden de Dios, y Dios no puede contradecirse» (62).

¿Cómo explicar entonces la no rara oposición entre lo que enseña la fe y las conclusiones de los científicos? «Entre los resultados ciertos de las investigaciones científicas y los datos de la fe no hay ni puede haber oposición alguna irreductible. Las eventuales divergencias deben ser atribuidas a los errores en que fácilmente caen los juicios humanos; jamás al contraste objetivo e inconciliable entre ciencia y fe» (63).

Excluida ya la oposición entre razón y fe, queda claro que ni la ciencia tiene nada que recelar de la fe, ni la fe tiene nada que temer de la ciencia firmemente establecida. Pero aún se puede afirmar más: razón y fe no sólo no se contradicen, sino que positivamente se ayudan la una a la otra. Y de este consorcio amigable la más beneficiada es la razón. Porque si la razón demuestra los fundamentos de la fe y, bajo su iluminación, busca analogías y conveniencias que esclarecen los términos de la revelación, la fe, en cambio, preserva a la

(59) *Discurso en una audiencia pública*, 12-V-1943 (V, 64-65).

(60) *Discurso del Cardenal Pacelli al Congreso Jurídico Internacional*, 12-XI-1934, en *Acta Congressus Juridici Internationalis*, Roma, 1935, p. 9.

(61) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 30-XI-1941 (III, 319-320).

(62) *Discurso a los alumnos católicos de la Sorbona*, 9-IV-1953 (XV, 88).

(63) *Discurso a los universitarios franceses*, 10-IV-1950 (XII, 65).

razón de caer en el error y le descubre horizontes insospechados para ella, dejada a sus propias fuerzas. «No, el obsequio de la razón a la fe no humilla a la razón, sino que la honra y la sublima, porque es gloria altísima del progreso de la civilización humana el facilitar a la fe su vía evangélica en el mundo. La fe no es soberbia, no es señora que tiranice a la razón ni la contradiga. El sello de la verdad no lo ha impreso Dios de modo diverso en la fe y en la razón. En vez de disentir, se ayudan mutuamente, como hemos indicado, ya que la recta razón demuestra los fundamentos de la fe y, a su luz, esclarece los términos de ésta, en tanto que la fe preserva de errores a la razón, la libra de ellos si ha caído y la ilustra con multiformes conocimientos» (64). «Sin duda, la aceptación de la fe cristiana no resuelve todos los problemas especulativos, pero obliga al filósofo a salir de su aislamiento; le suministra puntos de vista sólidos en el orden del conocimiento y de la acción. En lugar de impedir la investigación, la suscita y estimula. Le descubre el verdadero esplendor del hombre, aquel esplendor que ha recibido de la Encarnación del Hijo de Dios y le salva y asocia a la gloria de su obra redentora» (65).

Tan verdad es que la razón necesita de la fe, que es moralmente necesaria la revelación, incluso de verdades que no exceden el poder de la razón. «Aunque la razón humana, considerada en absoluto, puede realmente con sus fuerzas y su luz natural alcanzar un conocimiento verdadero y cierto de Dios único y personal, que con su Providencia sostiene y gobierna el mundo, y también alcanzar el conocimiento de la ley natural impresa en nuestras almas por el Creador, sin embargo, no pocos obstáculos se oponen a que la razón use de su facultad natural de modo eficaz y fructuoso. Porque las verdades acerca de Dios o que conciernen a las relaciones que median entre el hombre y Dios trascienden totalmente el orden de los seres sensibles, y en cuanto se aplican a las acciones de la vida e informan ésta, exigen la entrega y la abnegación de sí mismo. En la adquisición de tales verdades tropieza además el entendimiento humano con dificultades, ya por influjo de los sentidos y de la imaginación, ya por las malas concupiscencias nacidas del pecado original (...). Por eso debe afirmarse que la revelación divina es moralmente necesaria para que, incluso aquello que en materia religiosa y moral no es de sí inase-

(64) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 3-XII-1939 (I, 301-302).

(65) *Discurso al XII Congreso Internacional de Filosofía*, 21-IX-1958, en *Ecclesia*, núm. 900, p. 32.

quible a la razón, pueda ser conocido por todos, aun en la presente condición del género humano, con facilidad, con firme certeza y sin mezcla de ningún error» (66).

Confirmación dolorosa de esta necesidad de la revelación son las consecuencias desastrosas a que han conducido a la humanidad los errores de una filosofía emancipada de la fe. «Nos hemos enfrentado con los feroces errores de un naturalismo y un materialismo que han sumergido al mundo en la guerra; errores que hacen patente la vacuidad de una filosofía construída sobre fundamentos puramente humanos» (67).

Ni debe temer el intelectual que al aceptar la fe, con todas sus consecuencias, se vea obligado a renunciar a la libertad de investigación. Para Pío XII la filosofía, considerada desde el punto de vista del sujeto, es «una investigación personal, ávida de satisfacer las aspiraciones intelectuales y morales del ser humano» (68). Por eso, exigirle la renuncia a la libre investigación, sería exigirle la renuncia a su misma esencia. Pero no, «no se le pide renunciar a los métodos propios de su investigación, evadirse, sacrificar sus exigencias racionales; sino, sobre todo, tener en cuenta todo lo real, el destino humano tal como se presenta concretamente, en todas sus dimensiones individuales y sociales, temporales y eternas, lleno de sufrimientos, esclavo del pecado y de la muerte» (6).

Y lo mismo dice dirigiéndose a los científicos: «A vosotros, por tanto, nobles campeones de las disciplinas y de las artes humanas, la Iglesia os reconoce la justa libertad del método y de la investigación» (70).

Por el contrario, es la ciencia que se ha apartado de Dios la que cae en la servidumbre de poderes tiránicos, a quienes nada importa violar los inalienables derechos de la verdad y de la persona humana. «El haber apostatado del Verbo divino, por medio del cual fueron hechas todas las cosas, ha conducido al hombre a la apostasía del espíritu, haciéndole arduo el proseguimiento de ideales y de fines intelectuales y morales en alto grado. De esta manera la ciencia apó-

(66) *Humani Generis*, 12-VIII-1950 (XII, 171-172).

(67) *Radio-mensaje a los católicos de Estados Unidos en el I Aniversario de la Universidad Católica de Washington*, 13-XI-1939 (I, 280).

(68) *Discurso al XII Congreso Internacional de Filosofía*, 21-IX-1958, en *Ecclesia*, núm. 900, p. 32.

(69) *Ib.*

(70) *Discurso a la Academia Pontificia de Ciencias*, 3-XII-1939 (I, 302).

tata de la vida espiritual, mientras se hacía la ilusión de haber obtenido plena libertad y autonomía renegando de Dios, se ve hoy condenada a la servidumbre más humilde, habiéndose convertido en esclava y casi ejecutora automática de orientaciones y órdenes que no tienen consideración ninguna con los derechos de la verdad y de la persona humana. Lo que a aquella ciencia pareció libertad, fué cadena de humillación y de envilecimiento; y destronada como está, jamás adquirirá la dignidad primitiva sino volviendo de nuevo al Verbo eterno, fuente de sabiduría, tan locamente olvidada» (71).

* * *

Las páginas que preceden no agotan el rico arsenal de sugerencias y orientaciones contenido en el fecundo magisterio de Pío XII. Queda, sin embargo, recogido todo lo fundamental. Ni es necesario contar con un elenco completo, exhaustivo de los textos en que Pío XII se ha ocupado del trabajo científico. Lo que de verdad importa es que sus palabras hallen eco en todos aquellos que consagran su vida a la noble tarea de abrir camino a la verdad, en este mundo nuestro tan necesitado de luz.

Nunca se ha escrito tanto libro científico como ahora. Hasta tal punto, que uno de los problemas que se le presentan al intelectual de hoy es la rigurosa selección de sus lecturas, ya que no le es posible leer todo lo que se publica en torno a los temas de que se ocupa. Y al aumento de libros corresponde la extensión de los lectores. Hasta no hace aún muchos años toda una serie de problemas eran del dominio exclusivo de los especialistas. Hoy, por el contrario, apenas si hay cuestión que no llegue al hombre de cultura media. Lo que distingue al especialista no es tanto *lo que conoce*, cuanto *el modo como lo conoce*.

Ante esta extensión progresiva de la ciencia, cabría esperar que el hombre actual estuviera capacitado para organizar su vida en la paz y tranquilidad, orientándola hacia metas claramente definidas. Pero surge, inquietante, la pregunta: ¿No es, más bien, nuestra época una de las más atormentadas de cuantas registra la historia? ¿Nos procura nuestra ciencia una mayor felicidad?

(71) *Radio-mensaje en la noche de Navidad, 24-XII-1943 (V, 335).*

No creo que se pueda, sin más, contestar afirmativamente a estas preguntas. Sin embargo, sigue siendo profundamente verdadera la vieja sentencia, según la cual el hombre no busca la verdad más que para ser feliz (72). ¿No será, entonces, que el hombre de ciencia no se ajusta a las exigencias de su labor?

Estas sencillas reflexiones nos pueden ayudar a valorar todo el alcance de las enseñanzas de Pío XII. Podrían resumirse todas en esta única consigna: amor y respeto a la verdad.

FR. FERMIN G. BARBERENA, O. P.

(72) Cf. S. AGUSTIN: *De Civitate Dei*, l. XIX, cap. 1